

comunidades monásticas, lo mismo en la corte de Castilla que en la corte de Roma; pero todos estos ejemplos servian para ir preparando la magna obra del mas inflexible entre todos los fundadores de órdenes monásticas que han conocido los siglos.

Dos sucesos de primera importancia sobrevienen al nacer San Ignacio, dos sucesos que muestran la naturaleza especialísima del espíritu de aquellos tiempos. Es uno la Inquisicion, fundada en definitiva pocos años antes de su venida al mundo; es otro la expulsion de los judíos, resuelta y decidida en el mismo año de su natalicio. ¡Maravillosa coincidencia! El año 1492 ve consumir la mayor iniquidad cometida por la intolerancia religiosa y nacer al mayor entre los intolerantes y reaccionarios de la moderna historia. La fundacion del tribunal de la fe, la expulsion implacable de los judíos y el nacimiento de Loyola, bastan para caracterizar aquellos años, en que intuitiva é instintivamente se apercibia España con tiempo y reflexion á la resistencia.

El siglo XIII vió el nacimiento de la Inquisicion. Concibióla Domingo de Guzman; comenzaron su organizacion los papas Inocencio III y Honorio III; y la organizó definitivamente Gregorio IX. Inquisicion se llama por su ministerio de inquirir y escudriñar las cosas mas reservadas del espíritu y de la conciencia. Así, al comienzo de la revolucion religiosa, organizóse con los inquisidores un poder formidable, que nada obtuvo; y al fin y cumplimiento de la revolucion religiosa otro poder, que ha opuesto muchas resistencias, pero que no ha obtenido ninguna definitiva victoria. Ni los inquisidores ni los jesuitas han detenido al espíritu humano en el desarrollo de su vida y en el allegamiento de sus verdades. A pesar de los esfuerzos empleados por los dominicos, la Inquisicion jamás arraigó en nuestro suelo hasta fines del siglo xv. Algun que otro inquisidor aparecia de vez en cuando; algun que otro auto de vez en cuando se consumaba; pero establecido y organizado no se halla este tribunal hasta los comienzos del imperio y mando de los Reyes Católicos.

Sentíase allá en los senos de la Edad media un movimiento análogo al que hoy se siente á una en muchos pueblos cultos y lleva la denominacion de movimiento anti-semítico. Ni la proteccion de Alfonso VI el Conquistador,

ni la tolerancia de Alfonso X el Sabio, ni las distinciones de Pedro I el Cruel, lograron impedir que se desarrollara y creciera el odio á los judíos en términos de llegar á constituir una pasion nacional. Si hubo reyes como Enrique II de Castilla que los persiguieron á muerte, hubo en cambio, reyes como Juan II, padre de Isabel la Católica, que los declararon parte de su casa. Si hubo acuerdos que los pusieron fuera de la ley, tambien hubo acuerdos que les entregaron la disposicion de las rentas públicas. Y sin embargo, ni el odio de unos ni el favor de otros abrieron mella en el ánimo nacional, completamente airado en su contra. Predicó el arcediano de Écija, don Hernando Martinez, y tras de su sermon perecieron á cuchillo en las calles cuatro mil israelitas degollados por la furia del populacho; predicó en Toledo San Vicente Ferrer, y despues de sus predicaciones, quedaban despobladas las juderías y los judíos inmolados sin piedad por las turbas feroces y sangrientas. Contábase que sus químicos disponian bebedizos diabólicos, que sus médicos trastornaban el seso de los enfermos cristianos, que sus doncellas ejercian hechizos homicidas, que sus viejas se iban por los aires en los sábados á embrujar á las gentes, que daban mal de ojo sus miradas y corrompian el aire sus alientos, que en Toledo enarenaron de pólvora las calles por donde habia de pasar la procesion del Corpus, y en Sepúlveda pusieron en cruz á un niño parodiando la Pasion de Cristo, y que por doquiera hacian judaizar á los mas fieles católicos y les inspiraban horror al tocino en las mesas domésticas y horror á la hostia en las mesas sagradas: especies varias, á cuya divulgacion los fanáticos se levantaban y enardecian, rompiendo con furia por los barrios judaicos é inmolando á las atribuladas familias. Raza religiosa, la fe que latia en sus pechos, con aquella mezcla de vehemencia y de constancia, molestaba naturalmente á la fe contraria; y raza mercantil y económica, la tenacidad en el trabajo y la diligencia en el ahorro enfurecia la pobreza universal de aquellos tristes tiempos. Como todas las razas mercantiles, tenia el judío con las virtudes los vicios de su profesion. No podia comerciar con empeño sin caer un tanto en la usura por necesidad; no podia caer en la usura sin pecar de sórdida codicia. Naturalmente nuestra raza, muy militar pero poco mercantil, mas amiga de los empeños del combate que de los empeños del comercio, dispuesta siempre á verter su sangre

y poco dispuesta siempre á verter su sudor, imprevisora y generosísima, odiaba de muerte á los opulentos detentadores de tantas riquezas acumuladas por la prevision y por el ahorro: virtudes que parecen vicios á los que ni las comprenden ni las sienten.

Lo cierto es que rendida Granada, firmado el convenio con los moros, asentada la paz por la terminacion gloriosa de la reconquista, en marzo de 1492, el año mismo de la venida de San Ignacio al mundo, un rescripto de los Reyes Católicos expulsaba sin piedad á los judíos de España. Cerca de cuatro siglos han pasado ya despues de aquella terrible medida, y aun quedan huellas de sangre y lágrimas en la tierra, ecos de reprobacion universal en la historia. La raza judía nos dió muchos hijos ilustres; la raza judía nos trajo los productos asiáticos; la raza judía nos abrió por medio de sus caravanas, que cambiaban ideas como cambiaban objetos, cielos desconocidos en el pensamiento; la raza judía embelleció nuestras ciudades con moriscos bazares y esmaltó nuestra imaginacion nativa con sus colores y con sus matices de Oriente. Si en alguna tierra, despues de perdida la tierra de Jerusalem y abandonado el templo de Salomon, arraigó esta raza, fué de seguro en la tierra española, llamada siempre por ellos su segunda patria. Todavía en las paredes de las Sinagogas de Liorna se ven los mas típicos nombres castellanos; todavía los rabinos del Ghetto romano celebran el rito español; todavía los judíos de Ginebra pronuncian el hebreo á la usanza de los antiguos colegios castellanos; todavía en Rumanía se distingue con respeto al judío de española estirpe del judío de otras estirpes distintas; todavía en los desiertos de Bulgaria y en las encrucijadas de Siria oís el triste lamento y el amargo duelo del pueblo proscrito, que hablan de la nacion ausente y del hogar perdido en la lengua sonora de Jorge Manrique y en el tono luctuoso de una verdadera elegía.

No hubo piedad para ellos. Aunque se acogian á los cementerios y demandaban que les dejasen morir en paz sobre la tierra natal, y mezclar sus huesos con los huesos de sus padres; los sayones reales desoian tales quejas y los echaban y despedian á carcajadas é insultos, recrudesciendo y agravando las lágrimas y los lamentos de tantos infelices. Lanzados á los mares y á los vientos, en Génova los robaron, en Lisboa los persiguieron y esclavizaron,



*San Ignacio de Loyola*

en Nápoles los devolvieron de nuevo al mar porque habian sembrado con su miseria la peste, y en Africa los atormentaron de suerte que pedian el regreso á España y el fuego de la Inquisicion antes que aquellos infames insultos y aquellos terribles tormentos, los cuales parecian crueles, aun á los acostumbrados á ver la crueldad de tantos verdugos y el dolor de tantas víctimas en las luctuosas y terribles páginas de su trágica historia.

En año tan terrible como el año de la expulsion de los judíos, nació hombre tan extraordinario como el fundador de la compañía de los jesuitas. Las montañas de Guipúzcoa le vieron nacer. Soldados y navegantes sus hijos, debian dar de sí este audaz aventurero, capitan de una legion sagrada, reunida por su esfuerzo, para combatir por siglos de siglos la libertad del pensamiento y detener la emancipacion del espíritu. Natural del valle de Azcoitia era su madre doña María Saez de Balda, y natural del valle de Azpeitia era su padre don Beltran Yañez de Oñaz y Loyola. Este matrimonio, mas feliz que aquel poético matrimonio de Julieta y Romeo, unia familias opuestas y asentaba paces y concordias verdaderamente saludables. En campos y en montes así nacen los que mas apego muestran á los penates del hogar y á los dioses del pueblo. Ultimos en recibir la idea católica, tambien debian ser los últimos en profesarla y defenderla. La misma resistencia que sus padres opusieron á las legiones de la Roma pagana, oponen hoy á los enemigos de la Roma católica. Cuando recorreis los tranquilos valles de Guipúzcoa, cuando visitais sus verdes montañas coronadas en la cima por las nieblas y en la base lamidas por las olas; al acercaros á sus villas y á sus aldeas, sobre las frescas praderas, entre los sedosos maizales y los olientes manzanos, á la sombra de los castaños cuyas altas ramas cargadas de flores y de pólen parecen teñidas de luminosos reflejos y á la orilla de cristalinos riachuelos que se filtran de las cumbres y bajan susurrantes á las costas; en seguida descubris los tres signos de aquella sociedad: una iglesia rica, un consistorio grande y una casa señorial orgullosa, en demostracion de que viven allí en paz y concordia la nobleza, el pueblo, el clero, á la sombra paternal de su antigua fe y en el ejercicio continuo de sus seculares costumbres y venerandos fueros. Un grande alero de tejado, unas puertas pesadísimas que giran difícilmente sobre sus goznes, unos balcones anchos, una espléndida y artís-